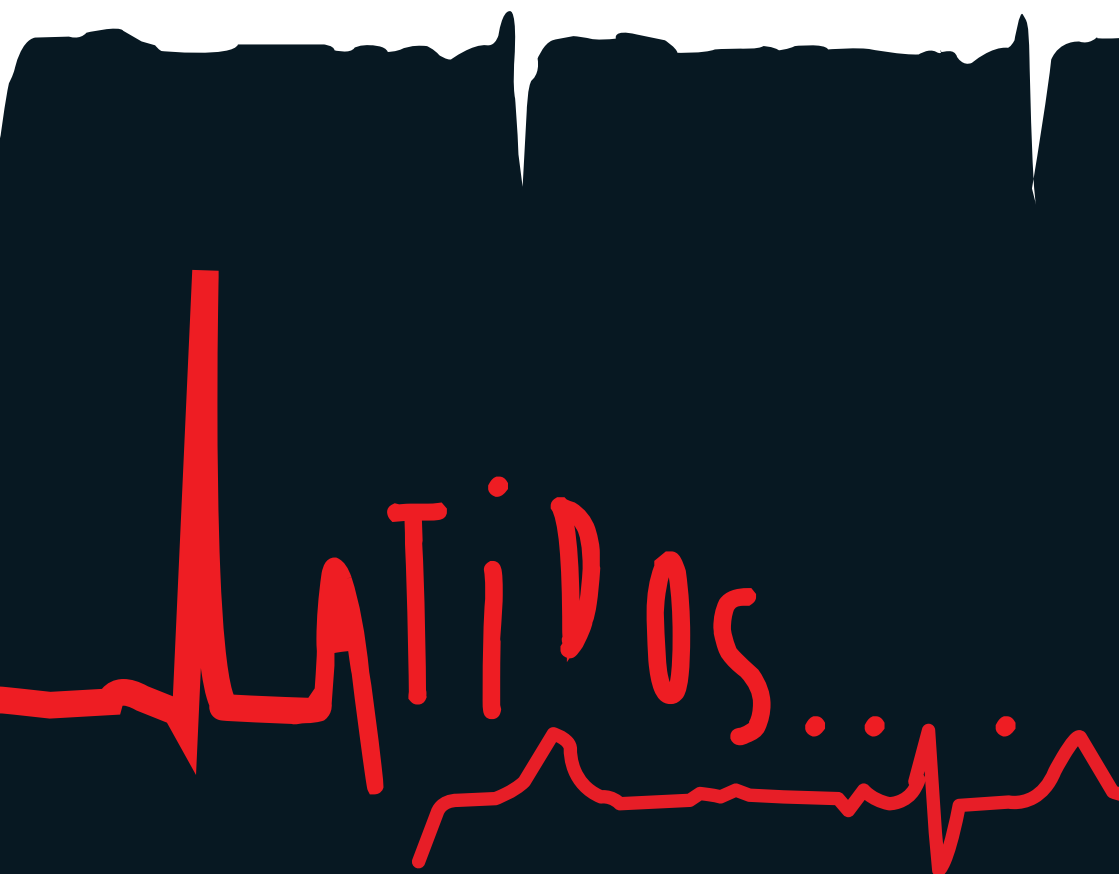


Martín Ramos



Historias de vida al límite

editorial





Historias de vida al límite

Martín Ramos

editorial



Ramos, Martín

Latidos: Historias de vida al límite. -1a ed.- Córdoba: La Reforma, 2013.
96 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1914-05-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 17/05/2013

Título: Latidos: Historias de vida al límite.

Autor: Ramos, Martín

ISBN Nº: 978-987-1914-05-0

Primera edición.

Diseño de tapa: Cecilia Haydée del Prado.

© Martín Ramos

© 2013 Editorial La Reforma ®

Para contactarse con el autor: ramosmartinci@gmail.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Libro de edición argentina.

editorial



Santa Rosa 1643 - Bº Alberdi
C.P. X5003CEA - Tel.: (0351) 487-7485
Córdoba - Rep. Argentina
www.lareformaeditorial.com.ar
info@lareformaeditorial.com.ar



Agradecimientos

*Un agradecimiento especial al
Dr. Hugo Fernández Spector, Director
Asistencial del Hospital Nacional de Clínicas.*

*A las Directoras del Área de
Enfermería, Cristina Acosta y Olga Noriega.*

Al grupo "La Nueva Tinta".

A mis colegas.

A mi esposa e hijos Emanuel y Sofía.

*Y a todos los que me ayudaron en
este hermoso camino.*



Antes de comenzar

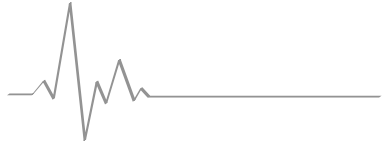
Busco en mis pensamientos ese manojo de recuerdos que dieron forma a parte de mi historia personal, un hospital, sus pasillos, sus baldosas, sus puertas abriéndose o cerrándose, cada rincón, cada luz, cada sombra. He vivido mucho aquí, miradas, muertes, dolores, angustias, pero aquí tengo también muchas de mis sonrisas, de mis esperanzas compartidas, de mis sueños, de mi crecimiento profesional.

La vida siempre es un milagro. Y yo prefiero quedarme con eso de saber que todavía sigo siendo un hombre entero, expectante de ese segundo que me hace sentir.

Si buscara algún horizonte, no encontraría otro más que el que mis ojos dibujan con mis propias manos, las que a veces sudan sangre, las que siempre trabajan por la vida. Allí están mi mente, mis ojos, y allí están mis manos, con ese aliento suave y fresco, pero cotidiano hasta el cansancio. No imagino otra vida más que esta, la que me mueve desde el inconsciente cuando abro los ojos por primera vez en la mañana... porque, donde se ama y se respeta al ser humano, también se ama la medicina, y allí estoy yo, y muchos de ustedes, los que viven en la anatomía de cada ser ese destino de quien nos pide ayuda.

"LATIDOS" tiene en cada letra ese ritmo al unísono de la sangre que corre por nuestras venas, donde los que trabajamos en un hospital intentamos confirmar que uno con Dios somos la mayoría... corazones de naturaleza simple, pero con la firme convicción de servicio, comprensión, disposición, compasión y sensibilidad a responder a las necesidades de nuestros semejantes. Por eso, cada historia

de este libro nace de la capacidad de saber mirar y escuchar al otro, sabiendo que en este camino no estamos solos... somos tantos los que en esa inmensa desnudez del silencio llevamos por dentro el acallado desafío de defender, por sobre todas las cosas, la vida.



Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas llega:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Miguel Hernández
(Romancero de Ausencias)



La puerta de vaivén no para nunca... y ellos tampoco.
De lunes a domingo, cada hora, cada minuto.
Están preparados y con sus mentes siempre alertas.
No saben en qué momento van a llegar, o cuando se irán.
Pero ellos están despiertos, dispuestos;
A pesar del cansancio, a pesar de sus vidas...
Siempre listos para dar... ofrecer lo mejor...
Guardapolvos y chaquetas blancas son sus distintivos.
Mientras se abren o se cierran las puertas de la guardia.
Dialogan, se consultan, sacan conclusiones.
Se lavan las manos, se las secan y vuelven a comenzar.
La puerta de vaivén no para nunca... Y ellos tampoco.
Son un manojo de espíritus dedicados y con entrega.
Almas llenas, corazones plenos y manos hábiles.
Son médicos, son enfermeros, son seres siempre en guardia.
Dispuestos y entregados para ellos, los que llegan.
La puerta de vaivén no para nunca... Y ellos tampoco.



PRIMERA PARTE

*Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.*

La puerta del quirófano se abrió bruscamente por el empujón de la camilla que me llevaba apenas cubierto por una sábana, y mientras hacía muecas el vaivén, mis pensamientos apenas si podían soportar lo inesperado. De repente, otro pasillo, y otra puerta más. Yo era el centro de esa historia en la que, muy a pesar mío, todo parecía girar en torno a mi presencia. Dos médicos, una enfermera, un instrumentista, y el anestesista que, mientras me formulaba algunas preguntas más que evidentes, como edad, peso, y algunas otras que ya había contestado al cirujano en la historia clínica, miraba insistentemente mi brazo izquierdo, hasta que casi sin percibirlo sentí un pinchazo como aguijón, cuando me colocó la vía para el suero.

Sabía de antemano que iban a estar ellos, pero mi inexperiencia y mi escasa concentración por el estrés a lo desconocido hacían que todo me resultara más difuso. A escasos centímetros de mi desnudez, una lámpara me iluminaba sin proyectar sombras sobre la camilla, y mientras me hablaban, mi vista se tornaba cada vez más borrosa. Me sentía como suspendido. De repente un cansancio extremo se adueñó de mí, dejándome exhausto... hasta dormirme. Algo recorrió mis entrañas y perdí todo tipo de sensibilidad en mi cuerpo. Fue tibio y cálido. Toda el agua viva de mis células desapareció como si me secaran por dentro, pero mi ser estaba allí, en ese lugar, como espiándome a través de mis ojos, como si se repitiera en el eco de mis sueños... horas, tal vez.

Cuando desperté en la habitación, todo había pasado.



Guardián de mis afectos

Por aquel entonces, Nora ya se agitaba: sabía que algo andaba mal.

Por las noches, un poco más de tos que lo usual, y durante el día, después de barrer o cocinar parecía que al mundo se le terminaba el aire. Ella se sentaba, tomaba un vaso de agua y, mientras se abanicaba, lograba mejorar lentamente. Al principio, dos o tres pastillas la aliviaban, pero después de un tiempo volvían la tos y la falta de aire, sólo que ahora parecía ser peor que antes. Toser y toser, respirar y que jamás fuera suficiente.

Con el correr de los días, Nora cada vez caminaba menos y descansaba más, más tiempo en la cama, más tiempo mirando la tele, más tiempo leyendo.

Ahora su casa y sus hijos parecían girar en torno a ella.
Los inevitables días de Nora habían cambiado.

Ese viernes ocho, el médico de cabecera le había indicado uno de esos estudios difíciles de comprender y hasta de pronunciar: una tomografía axial computada de corazón (TAC). El estudio no fue muy distinto de los demás, salvo por el esfuerzo de levantarse temprano, preparar su ropa y, eso sí, disponer de mucha paciencia para esas horas interminables en la sala de espera: a veces hay más demora de lo normal.

El resultado de aquella mañana fue un gran sobre blanco lleno de membretes, y adentro, adentro unas imágenes sombreadas con unas pocas palabras al pie de página, y unas siglas que encerraban una noticia que sería difícil de afrontar: "C. I. A". (Comunicación

inter auricular). Decidida a cerrarlo otra vez, prefirió no buscar en su memoria el significado de esas letras... quizás preferiría recibir el impacto de esa voz suave y gentil que tenía su médico, pero Nora igual presentía que lo inevitable de su destino ya había sucedido, y no podía cambiar ni siquiera una línea de lo escrito.

Días después se realizaron los análisis de sangre, la espirometría, la placa de tórax, el electrocardiograma, y finalmente la charla con el cirujano, que le explicó el sistema de bombeo sanguíneo extracorpóreo y todo lo referente a la cirugía. Tres días deambulando por los pasillos del hospital, descubriendo el dolor en cada rostro ajeno, y era como si se reflejaran en el de ella, con diferentes dolencias pero con las mismas incertidumbres.

Cuando Nora me contó el diagnóstico médico, su semblante estaba dubitativo y lleno de pánico... su Cristo interior parecía estar desvanecido: debía realizarse una cirugía cardiovascular a corazón abierto, y sin decirle nada durante los primeros segundos, entendí el significado de su mirada. Es que el corazón, además de ser un órgano noble para la medicina, es también el lugar más representativo de nuestras emociones... siempre late más cuando demostramos nuestros sentimientos, como cuando me lo contó, o como cuando yo intenté abrazarla, dándole algún sentido a la voz que enmarcaban mis palabras, quizás así se podría sentir un poco mejor.

El día de la cirugía, la despedí en la puerta del quirófano a las siete de la mañana; antes, ya habíamos tenido tantas charlas. Es que siempre suelo ser firme guardián de mis afectos. Igual ella siempre se emocionaba, y los dos terminábamos por quebrarnos. Después de que se cerraron las puertas del quirófano, todas las emociones me invadieron en medio de un gran silencio.

No recuerdo bien si fueron cuatro o cinco horas las que duró la cirugía, pero sí tengo presente la imagen de haberla visto por primera vez en Terapia Intensiva. Es que, en esas circunstancias, cada segundo es la primera vez.

Aún estaba bajo los efectos de sedación farmacológica, y con respirador artificial. Cables y monitores rodeaban su cama, y un gran tubo salía del centro de su pecho para drenar los restos de sangrado, y quién sabe cuánto más de todo lo que yo no podía entender; pero su rostro, su rostro era distinto, parecía como ajeno...

No habría pasado hora y media cuando la médica de recuperación comenzó a bajarle algunos goteos de sueros para poder despertarla, mientras repetía algunas frases con su nombre una y otra vez...

-¡Nora! ¡Nora, despiértate! ¡Nora, abrí los ojos! ¡Vamos, Nora, abrí los ojos y mirame! -remarcaba insistentemente con voz firme y decisiva. Hasta que por fin llegó ese mágico instante en que Nora respiró por sí misma... y creo que todos los que estábamos ahí también respiramos con ella.

Lo que vino después fue una recuperación paso a paso, con todo un equipo de médicos, fisioterapeutas y enfermeros que la rodeaban permanentemente y sin dejar pasar un solo detalle. Nada se compara con la gran satisfacción de ver a quienes trabajan tenazmente con pacientes de riesgo que ponen la vida en sus manos; ellos demostraron toda su sabiduría puesta en una vocación silenciosa.

Nora todavía continúa recuperándose, y nuestras charlas aún siguen siendo frecuentes... todavía nos emocionamos cuando nos invade el recuerdo de esa historia que nos une y nos hace celebrar la vida.

A veces hay momentos sin un porqué, sin embargo esas primeras apariencias comienzan a abrirse en un mundo exultante y desconocido; todo se conjuga y sucede...

Ocho parecía ser el número elegido para mi cama, pero ahora lo sentía extravagante y casi infinito. La sala, los monitores, las voces, todo me parecía enorme; esta vez no era la primera, pero el techo semejava ser más blanco, más inalcanzable que nunca, como las sábanas que apenas cubrían mi total desnudez. Cada gota que caía esperaba la otra, y después la otra, y luego la siguiente... me aliviaba de a ratos, y de a ratos mi pecho se expandía, más aire y menos dolor... como agua bendita, un misterio hermoso que me sanaba.

Afuera... el universo del afuera me era casi indiferente, ya no tenía noción del tiempo... ahora era sólo el techo, y más gotas que entraban para juntarse con mi sangre, y me aliviaban... y una desnudez bajo las sábanas que ya no importaba.

Con mis pupilas dilatadas por el temor de ese dolor que me desgarraba, sólo miraba ese techo que era mi cielo, mi universo secreto... y allí escribí cartas, marqué promesas, redimí algunas muertes, recorté y pegué algunos viejos amores. La perfección del destino que me tocaba me dejaba a solas con ese techo blanco que en todo momento se reflejaba con la luz tenue de mi cabecera, y mi alma se balanceaba en ese vacío. Del exceso de luz, pasaba otra vez a las sombras. Hasta que perdía toda noción de esa poca memoria que aún me dejaba recordar, y me hacía todavía más sensible, hasta

el extremo... y regresaba envuelto con toda esa pasión que ahora me lastimaba... De a ratos, mi pecho, mi propio pecho me aniquilaba. El dolor se me hacía intenso, y yo entre mi techo, mi cielo, mi desnudez, y esas gotas que, cuando caían, ojalá me sanaran...

A veces hay momentos sin un porqué, sin embargo esas primeras apariencias comienzan a abrirse en un mundo exultante y desconocido; entonces todo se conjuga y sucede...



La señal de la cruz

Las emociones son esos sentimientos que, como chispas, experimentamos de manera individual. Son un camino interior que nos mueven hacia un estado afectivo, desplegando un sinnúmero de nuevas vibraciones.

En esos minutos de descanso, a esa hora y como casi todos los días, Nicolás acostumbraba a llegarse hasta la terraza del primer piso. Daba justo hacia un playón del patio interno del hospital, donde los chóferes de los autos de traslado llevaban a los pacientes que ya se habían dializado hacia sus respectivos hogares. Eso le daba la pauta de que su tratamiento había sido efectivo.

A Nicolás le encantaba fumarse un cigarrillo mientras lo observaba irse, desde lo alto, como sus pensamientos... desde lo alto.

Siempre era un momento para pensar, detenerse durante unos pocos segundos. Nicolás adoraba sus pacientes. Los aceptaba con sus virtudes y sus defectos, consideraba que, al pasar tantas horas juntos, ya eran familia. Cuando el cigarrillo se fue consumiendo, y en medio del desorden de tantos pensamientos cotidianos, alcanzó a distinguir desde la lejanía, con su mirada aguda, a través de la ventanilla trasera de uno de los autos, a una de sus pacientes. Se realizaba la señal de la cruz... y con sus manos, la formaba invisible en el aire... simplemente, pero con pasión desgarradora, con esa fuerza de una luz arrastrada por los vientos de un amor sensible, capaz de aceptar y de modificarlo todo. Una cruz con la solidez de una bendición íntegra y superior.

El auto se perdió de vista cuando giró al salir a la calle, pero Nicolás siguió con sus pensamientos, desde lo alto, y aunque sabía que lo concedido no siempre tiene que ver con lo pedido, también sabía de esa importancia de los actos de cada segundo... y ella encontraba la perfección en la forma más enaltecida al manifestar la belleza de su alma. Una cruz, las emociones y los pensamientos desde lo alto...

Cuando expulsó con fuerza la última bocanada del cigarrillo que ya se consumía en su boca, Nicolás se fue escuchando el sonido, ese latido extra que golpeaba en su corazón... y todo conocimiento fluía en su conciencia.



Ella estaba allí, sentada, pensando; calva, pero lo disimulaba con uno de esos turbantes que siempre parecen estar de moda. El azul de sus ojos ya no era el mismo, igual que el color y la tersura de su piel. Pensando, sentada, esperando que la llamaran por su nombre, Nélica. Hasta sus manos no se veían iguales, a pesar de las cremas y del corte minucioso de uñas que le realizaba muy generosamente una de sus nietas. Sentada, esperando... pensando en cada una de las escenas que abarrotaban su memoria, y que caían como agua de manantial sobre su mente. Se colocó los anteojos y tomó una revista entre sus manos. Esa mañana estaba decidida a hacer un paréntesis entre sus pensamientos. Sentada, esperando y con movimientos suaves, se cruzó de piernas; quería sentirse joven, aunque los tacones fueran mucho más bajos de los que solía usar. Su vestido era de tela fresca color café, y solo algunas puntillas resaltaban delicadamente la terminación de los puños y del escote. Sabía que le quedaba bien. Sentada... por unos instantes añoró tanto su melena rojiza. Pensando... le era imposible evadirse de sus pensamientos, y con ellos jugó a que se acomodaba el cabello sobre los hombros; siempre había estado tan cuidado. Sentada, esperando...

De repente, el médico irrumpió con una voz gentil llamándola por su nombre:

-¡Adelante, Nélica!

Guardó cuidadosamente los anteojos y cerró la revista que ni siquiera había terminado de hojear. También interrumpió brusca-

mente todos sus pensamientos. Aunque empuñó su bastón, igual le costó levantarse de ese enorme sillón que era demasiado bajo para ella. El cáncer la estaba quebrando, quemando por dentro...

Atormentada por lo que le tocaba vivir, le significaba un gran esfuerzo mantenerse entera, pero igual, esa mañana había tomado una decisión: enamorarse de quien era ahora, y de esos sueños que la mantenían viva, la ayudaban a "sentirse" dentro de ese inconmensurable silencio que la vaciaba y la llenaba a la vez... y aunque sabía que esa lucha sería cruel, y tal vez hasta despiadada, valdría la pena.

Con el paso calmo y repleta de sí misma, dejó la sala de espera; debía realizarse una nueva sesión de quimioterapia... pero su fe la acompañaba.

Después de tanta lucha, Ramona se imaginaba una vejez tranquila y apacible; esos años jóvenes no habían sido de esplendor, pero marcada por una época conservadora y algo anticuada, supo acomodar sus ideas con el transcurso de los años. Ese día la cabeza le había retumbado tanto que, al salir la luna, el espanto de un dolor punzante la sorprendió tendida en una cama de terapia intensiva; y esa misma noche, pero seguramente a horas de la madrugada, acompañada por esa tenaz lucidez del insomnio, y todavía aturdida por los latidos descompensados de su corazón, no supo discernir si lo sucedido había sido un sueño o una premonición. Fueron algunos segundos, minutos tal vez...

Allí, postrada y casi tiesa sobre una cama que no era la suya, sintió el desprenderse repentino de su espíritu. Fue como si su alma se evaporara como un gas sutil, al principio condensado por el contorno de las formas de su cuerpo, pero después, silenciosamente disperso en ese mágico abismo de lo invisible, justo donde se resquebrajan en el sufrimiento esos fantasmas de ausencias que acarician suavemente la muerte.

Perpleja, intentó acomodar bruscamente su escasa conciencia... mientras una tenue burbuja de oxígeno se fue reproduciendo rápidamente hasta llenar otra vez sus pulmones. Y exhalar... Sudorosa y todavía confusa, no entendía si había enloquecido en medio de esa penumbra que enmarcaba solamente su cabecera. Estaba a sólo unos instantes de sentirse muerta, pero la bendición de existir le había sucedido, y esta vez como única y perdurable emoción... Y sólo pensó en los que amaba: estaban allí, a sólo unos pasos de esa puerta de vaivén, sentados en una sala de espera, esperando su mejoría. Y ella heredaba otra vez el encanto de la vida.

No sé bien qué me sucedió. Algunas horas antes sentí que se me cortaba la respiración, y un dolor apretado me ceñía el pecho.

Lo cierto es que sin darme cuenta me vi recostado en una cama, rodeado de mucha gente. Tampoco sabía en qué lugar estaba. Parecía ser un hospital. De repente todos se agolparon en torno a mí. Y mientras algunos hablaban con un murmullo desconocido que no alcanzaba a entender, otros comenzaron a sacarme la ropa. Primero el pullover, después la camiseta, también los zapatos y las medias. Me pusieron cables en el pecho. Después, una mano extraña y fría me desprendió el cinturón y me sacó los pantalones. También los calzoncillos. Estaba totalmente desnudo.

Me sentía perdido y tembloroso. Rodeado de gente que me miraba insistentemente.

Cuando alcancé a ver mi piel blanca y pálida hasta la punta de los pies, creí que el mundo se me derrumbaba. Nunca me había pasado esto. Y ya no quise ver más... ni mirar a nadie. Pero me quedaba el techo. Ese techo blanco al que también de vez en cuando se asomaba una cabeza. No sabía quiénes eran, pero me sentía invadido, ultrajado. Si hubiera podido me levantaba al instante y salía corriendo. Pero no podía, el pecho me apretaba tanto... como si un camión estuviera pasándome por encima. La sangre me bullía y se evaporaba en mi cuerpo. Y ya no pude mirar más. Preferí voltearme para adentro. Pero tampoco podía concentrarme y pensar. ¡Dios mío! Ya no podía más... Había sido tanto alguna vez... y ahora era tan poco.



El último diálogo

Ese último diálogo que mantuve con el médico fue descarnado. Sensaciones extrañas me brotaban por la piel como si siempre hubieran estado ahí, latentes para vivirlas justo en ese instante. Todas juntas y a borbotones. No quise sentirme fría, no pude. Tampoco ser esa mujer sensible que todo lo muestra con las lágrimas. No quise ser yo en ese momento, sentada en el escritorio frente a un médico. Mi médico. Pero tampoco quería escapar, aunque todo se me figuraba tan irreal en esa manera cálida, pero a la vez aterradora, de expresarse sobre mi cuerpo. Una trampa biológica ahora me devoraba, y quién sabe cuánto tiempo más me perseguiría con esa sombra, susurrándome en un abrazo aún desconocido... sí, es verdad que el tiempo existe.

Mientras continuaba hablándome, mis ojos parecían ser la respuesta de algún pecado ya concebido, doloroso, y ahora vencedor. Un último fragmento de esta vida que ahora me inquietaba. Los espacios, esos espacios entre sus palabras, me revelaban un diagnóstico, que entre las pausas de los puntos suspensivos, me enajenaban en esa amenazadora espera de comenzar cuanto antes con la bendita droga que tal vez me sanaría... pero esa voz, su voz, igual me traía a este presente que me violentaba, perturbándome hasta el cansancio.

-Primero cirugía, y después vemos los resultados de anatomía patológica. No hay que adelantarse. Tal vez no sea lo que esperamos... -me decía, cauto hasta el extremo.

Mis manos casi ciegas se movían sin permiso, como tratando de secar un sudor sobre mi piel que sólo me mojaba por dentro, como tirando de mis pensamientos. No había mucho más para decir... así que mientras llenaba los recetarios con nuevos estudios clínicos y análisis de sangre, mi respiración parecía ahogarse con cada latido. Y su mano continuaba dibujando palabras sobre un papel extremadamente blanco, palabras que jamás había oído nombrar...

¿Cómo pararme de esa silla que me sostenía? ¿Cómo dejar esa mirada firme pero a la vez abrasadora, esa misma que me había dado tan terrible noticia? ¿Cómo caminar de nuevo por la vida si ya todo había cambiado?

-Gracias doctor -dije sensiblemente, después de tomar cada papel que había sellado y firmado, tratando de dejarle con la mirada una marca implacable para que jamás se olvidara de mí en estos días difíciles que seguramente me llegarían.

Él me abrazó, y entonces supe que no estaría sola.



Con los ojos del alma

Ese día, Pedro llegó al hospital algo encorvado y con pasos cortos. Después de la consulta, el médico decidió dejarlo internado. -Para observación -le dijo, con un tono de voz calmo para no asustarlo. Y después de completar sus datos personales en la computadora, llamó al camillero para que lo trasladara a la habitación donde dispondría de su cama. Pedro adolecía de algo que los libros enunciaban con definiciones bien acabadas y comprobadas tantas veces, y de hecho no era el único, aunque para él sí lo era, quizás porque presentía que de todos los que le habían tocado vivir, este sería el golpe más fuerte. Sabía de sus respiraciones cortas, de su pulso irregular, de su latido débil, de sus apneas entre sueños, de su terrible debilidad... También sabía de esa soledad que lo había envuelto tanto que todos los relojes parecían detenerse al mismo tiempo. Sabía que sólo debía permitirse esperar. Pero esa mañana, una lucidez provocadora lo había llevado hasta el hospital.

Una vez acomodado en la habitación, llegaron esos interminables días en los que le iban realizando estudios acerca de aquel mal que tanto perturbaba su cuerpo. Al comienzo fue difícil, pero Pedro se regocijaba con sus pensamientos en calma, mirando por una ventana que daba justo al patio, y allí juntaba recuerdos, recordaba a su esposa, compartía charlas con sus amigos, amaba. Pedro tenía cerca de ochenta años y no había tenido hijos, estaba solo en la vida. Pero siempre se mostraba con esa naturalidad que nunca había perdido, siempre cordial y con una enorme sonrisa en su boca; la buena educación y el respeto eran el mejor legado que le habían dejado sus padres.

Con el correr de los días, ya conocía a los médicos, a las enfermeras, y a casi todos los residentes que parecían también aprender con él. También llevaba la cuenta de todos los que habían sido sus compañeros de habitación y que tenían la suerte de haberse recuperado; porque, eso sí, memoria era lo que aún le sobraba...

Ahora su vejez le regalaba toda la paciencia de su experiencia, y lo envolvía en la nostalgia de sus días jóvenes. De a ratos, lo quebrantaban más que sus dolencias físicas. Pedro se despertaba varias veces por las noches, a veces para orinar en el papagayo, y otras, solamente por ese insomnio de estar tanto en la cama. Pedro leía poco, porque su visión apenas le permitía entender las letras más grandes, y de vez en cuando, sólo de vez en cuando se levantaba para higienizarse en el baño. Pero sus pasos eran lentos, como todos sus movimientos...

A pesar de su doliente realidad, Pedro depositaba toda su confianza en quienes lo atendían; él los miraba siempre con los ojos del alma. Para ellos, profesaba compasión a sus espíritus, y les regalaba todas las bendiciones juntas, siempre en silencio.

Al otro día de haberle colocado el marcapasos, su médico de cabecera le dio el alta. Ese día, cuando despertó, se dio cuenta de que la magia de los recuerdos lo mantenía fuertemente arraigado en su presente... y su valor nacía de nuevo con esa pulsión de vida que aún seguía latiendo.

La enfermera lo ayudó a levantarse y a juntar cada una de sus cosas. Después se lo vio irse del hospital, lento y con pasos cortos.

Esa noche María se lavó la cara en el baño, que estaba cuidadosamente diseñado para ella; después aplicó en su rostro la crema que solía ponerse antes de dormir. Se puso el camisón, y con las pantuflas de terciopelo azul enfiló hacia su cama. Primero corrió suavemente las frazadas que cubrían las sábanas de algodón estampado, y despacio se fue tapando hasta cobijarse por completo. Sobre sus pies tenía una manta rectangular tejida por ella, combinada con retazos de lanas, y hecha con todo el amor que le solía poner a cada prenda. Había sido una jornada apacible, con esa rutina que solía acompañar cada uno de sus días. Después de acomodarse bien, decidió leer un rato para terminar el primer capítulo de la novela iniciada el fin de semana; pero cuando había resuelto dormirse, con ese casi interminable primer bostezo, repentinamente sintió un escalofriante soplo que la ahogaba por dentro. María cayó de su cama. Inconsciente, rodó como un paquete, después de un fuerte temblequeo que la fue enredando entre las sábanas. Todavía tirada en el piso, casi al instante abrió sus pequeños ojos ajados por el tiempo, pero esta vez con la mirada exasperadamente turbia, no podía reaccionar, no le salían las palabras, apenas una respiración entrecortada que se le dificultaba cada vez más. No podía reaccionar... sin embargo, un velo tenue se recorrió dentro de su mente, y con la misma claridad que mantenía desde hace años, y el mismo esfuerzo de voluntad que siempre la acompañó, quiso abrirse aún más a la razón para lograr discernir lo que le había sucedido. Su lucidez estaba como siempre. Suavemente atinó a mover el brazo derecho. Después la pierna. Pero no podía, no los sentía. Quiso moverse de alguna forma para poder incorporarse, pero todo intento parecía inútil, no podía...

En el medio del bullicio de los que pudieron socorrerla primero, se escuchó el sonido lejano de la sirena anunciando la ambulancia que finalmente llegó. "ACV", se escuchó en el murmullo cuidadoso de los médicos que llegaron para realizarle los primeros auxilios, y después trasladarla de urgencia al hospital. Apenas llegó a Terapia Intensiva, y luego de una minuciosa anamnesis, corroboraron el diagnóstico presuntivo con una tomografía axial computada: Accidente Cerebro Vascular isquémico.

Con sus ochenta y seis años, María ya había estado internada otras veces, pero nunca como ahora, sin mover su brazo y su pierna derecha, sin poder emitir bien las palabras para expresar sus pensamientos, ó manejar el cuerpo a su antojo. Desde el ACV, María dependía del cuidado de los demás, pero lo importante era su espíritu firme, ese poder de convicción que desde entonces debía fortalecer para enfrentar su lucha, y de a poco poder recuperarse. Su espíritu, su fortaleza, esos sentimientos que, acompañados de la fe, mueven montañas.



Una historia, una posdata

Miriam me contaba que por aquel entonces era una enfermera muy joven, capaz de reconocerse dinámica y tremendamente lúcida a la hora de realizar su trabajo, en especial por ese compromiso que había tomado muy seriamente desde el momento del juramento en la escuela de enfermería.

-Cuando comencé a trabajar -decía con una voz segura y capaz de traspasar las emociones- fue importante para mí contribuir a la economía de la casa; siempre hubo tiempos difíciles, pero también es cierto que esas ganas no se me fueron nunca, ni aún cuando después, ya más adulta, formé una familia, y a veces estaba cansada o sufría alguna dolencia física. Yo siempre procuraba estar junto al paciente por si me necesitaba. Sentía verdaderamente esa vocación de servicio... Hoy, mirando hacia atrás, descubro con alegría esa buena época. Estoy jubilada y muchas cosas han cambiado en mi vida interior, y por qué no decirlo también en lo exterior; ya no uso faldas cortas ni tacones de moda, pero eso sí, siempre camino bien erguida.

Si tuviera que contarte una anécdota, recuerdo esta con especial cariño: yo trabajé muchos años en sala de Oncología y, como muchos saben, es un servicio muy especial, porque la tarea es con pacientes inmuno-deprimidos, y todos luchan en forma constante por sus vidas... Recuerdo que ese día iba saliendo del cuarto donde preparábamos los medicamentos para las quimios, yendo hacia la sala de espera, y mientras caminaba envuelta en mis pensamientos cotidianos repentinamente casi me choco con un señor alto, de traje

claro, buen mozo y muy pintón, por cierto. Al instante me saludó muy amablemente preguntándome si lo recordaba. Sorprendida, me costó trasladar mi memoria al presente, pero cuando descubrí su rostro por completo, me di cuenta de que era Hernán, un paciente que había atendido hace algún tiempo atrás. Se lo veía rozagante y con muchas ganas de vivir. Me preguntó “¿Cómo está?”, y yo le contesté que con algunas preocupaciones. “¡Y cómo no!”, me respondió rápidamente “-sí aquí nosotros los enfermos nos vamos llenando el alma con esa renovadora energía que a pedacitos tomamos de ustedes, quienes nos atienden en esos momentos tan duros y tan difíciles...”-

Esas palabras me significaron mucho por aquel entonces, y me llenan tanto aún hoy, porque pude darme cuenta de que en mi trabajo, muchas veces silencioso, hacía las cosas bien.

Después seguimos charlando un rato, Hernán saludó a mis compañeras y a los médicos que estaban de guardia, nos contó de su familia y su trabajo, y al final nos despedimos con un abrazo agradecido... desde el corazón.

No quisiera terminar de contarte esta historia sin una posdata, porque aún hoy, después de tanto tiempo, me vuelve a gratificar enormemente la memoria de aquel recuerdo, quizás porque fue ese pasado el que me eligió. Y yo estuve ahí.



Sillón de diálisis

La semana pasada comencé a dializarme. Estaba terriblemente asustado. "Esta vez me toca a mí", pensé; y "¿por qué a mí?", seguí pensando.

Fue todo tan repentino y desesperante que, con solo recordarlo, se me comienzan a caer las lágrimas...

Primero fue un catéter doble lumen impactando mi cuello; y ahora, después de tres meses, esas gruesas agujas que pinchan mi antebrazo sobre la fístula. Tortura cruel es la que sentí, y la que siento.

Y seguí pensando... "¿Por qué a mí?"

Médicos, enfermeros, nutricionistas, asistentes sociales, todos permanentemente haciéndome preguntas que no deseaba responder. Me resistía. A veces sólo daba vuelta la cara, o me hacía el dormido mientras me dializaba. Nada era suficiente para mí, aunque sintiera que mi cuerpo se fuera mejorando; pero yo, yo seguía enredado con mis pensamientos... irritable, incapaz de ver y afrontar la realidad que me tocaba vivir... Pasaron dos años desde aquel entonces, y sólo sobrevivía con un enojo que me impermeabilizaba hasta el extremo. Los que me querían siempre me daban su apoyo, pero a muchos los alejé con mi apatía y mi incompreensión. Yo estaba enfermo, y cómo no me iban a seguir sosteniendo, si la víctima era yo. Muchos se alejaron, y los odié aún más. Mi indiferencia hacia los demás era terrible y siempre me justificaba con mi enfermedad.

Un día ya no pude más, y tomé cuantos litros de agua entraban en cada una de las células de mi cuerpo... y seguí tomando y comiendo todo lo que sabía que no debía comer... A las pocas horas me comenzó a faltar el aire. Sentí que me asfixiaba. Fue desesperante

ese ahogo que me mataba, y yo era consciente de ese enojo que me seguía paralizando en vida. Recuerdo que eran las tres de la mañana cuando un amigo me llevó al hospital. Nunca he de olvidar esos momentos... apenas llegué a la guardia, uno de los médicos clínicos llamó al nefrólogo y al enfermero para que comenzaran a dializarme. Era una urgencia, le escuché decir. Y allí comencé a entender... mientras me llevaban con oxígeno en la camilla hacia Terapia. Sofocado y con mi cabeza a un costado, vi tanta gente por esos pasillos que verdaderamente necesitaba la atención médica, y yo, por un capricho, estaba ocupando ese tiempo tan preciado de los médicos para poder curar.

A la media hora de estar conectado a diálisis ya me sentía mejor, pero estaba terriblemente avergonzado por lo que había hecho. Si no fuera por ese enojo cruel que me cegaba, lo podría haber evitado. Al medio día de esa misma mañana me dejaron ir a casa, después de sacarme sangre y de hacerme unos estudios de rutina.

He de confesar que aquel día pude darme cuenta de lo que significaba la diálisis, y desde entonces no sólo me cuidó, sino que además bendigo la vocación de quienes en un hospital trabajan por salvar vidas... con el tiempo, también he tratado de recuperar muchas de las personas que por mi egoísmo había alejado. No entendía que, a pesar del sufrimiento, aún tenía la posibilidad de seguir viviendo... y hay que ser agradecido, porque aun bordeando el precipicio del destino, ahora elijo no renunciar al misterio hermoso de esta, mi vida.



Pase de guardia

Las luces de la terapia permanecían esquivas a ese amanecer que se asomaba por los ventanales del costado. Adentro, las luces continuaban encendidas, como el incansable titilar de los aparatos siempre alertas. Alertas, como Darío y como su pluma.

Ahora, estando todo en aparente calma, había decidido concluir la última de las historias clínicas. Acomodado en el escritorio, afirmaba en trazos firmes cada una de las palabras que describían los signos, los síntomas más relevantes de esas últimas horas... y como un escritor minucioso, volvía con su mente al instante justo en que habían sucedido los hechos más relevantes, dispuesto a no olvidar detalles. Darío completaba uno a uno los renglones de las hojas en blanco, frases técnicas, hechas sólo para entendidos... y después había que traducirlas, contarlas por la mañana a todo el grupo de colegas que lo escucharían atentamente en su pase de guardia. Sí, esos momentos anteriores que, firmados en un papel, servirían para nunca ser olvidados... horas, minutos, segundos decisivos en la vida de alguien.

Subyugante, dinámica, misteriosa, repleta de vidas, así era la Terapia donde trabajaba Darío, pero también llena de silencios, y de los más atroces, los más terribles desenlaces... y Darío escribía con esas manos impecables, pero trabajadoras hasta el cansancio, como ahora estaban sus ojos, cansados, con su guardapolvo blanco y su barba amanecida... siempre al límite... pero con ese corazón abrazador y repleto de convicciones, Darío también abría esa puerta, esa nueva posibilidad.

De puño y letra, Darío describió hasta el final todo lo sucedido. Y cerró con un punto. Después se arrepintió y agregó dos puntos más, dibujando los puntos suspensivos... La vida continuaba... Y, por fin, por los ventanales de la Terapia ya se iluminaba un nuevo día.



El misterio de la vida

El sonido agudo de la sirena me aturdí. No veía, sólo escuchaba. Me aturdí, y todo era tan confuso... De repente, sentí el movimiento brusco de la camilla que me transportaba, y unas puertas que se cerraban. Escuché que habíamos llegado a la guardia de un hospital. Y otra vez el temblequeo agitado de mi cuerpo. Las luces del techo de los pasillos por donde me trasladaban me sofocaban intensamente. Después... creo que me desvanecí, pero igual seguía escuchando, sólo que esta vez sentía que alguien apretaba con fuerzas mi pecho. Las costillas se rompían y se clavaban sobre mis espaldas...

-¡Dos adrenalinas, una atropina! -ordenaba alguien con firmeza.

-¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Carguen el desfibrilador, que lo vamos a cardiovertir!

-¡Rápido, aumenten el goteo de dopamina!

-¡Pásenle suero a chorro! ¡Rápido, que se nos va...!

Una voz tenía mi alma pendiente de sus palabras... De repente, una lágrima escapó por entre mis párpados... y otra, y otra más... las sentí mientras se iban deslizando por entre los poros de mis mejillas... Y al pasar por mis oídos, retumbaron por mis tímpanos, hasta caer atrozmente sobre la sábana que cubría la camilla. En ese mismo instante un choque eléctrico corrió por mis músculos, y la sinapsis entre mis nervios fue tan perfecta que, al caer del sacudón, mi corazón latió... latió... de a poco... cada vez más rápido...

La vida es esa hermosa resucitación que nos equilibra.



SEGUNDA PARTE

*Con tres heridas viene
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.*



Aunque muchas veces imaginé la muerte, jamás creí estar tan cerca. Tocándome, ciñéndome de manera tan fuerte y tan natural. Oliéndola, sintiéndola. Abrasadora hasta el cansancio. Encegueciéndome, desbastando mis propios latidos. Sin mis latidos... sin latidos... Ahuecándome todos y cada uno de los espacios hasta dejarme sin respiración. Sin movimientos propios. Sin llantos. Sin gloria. Sólo ese veraz fluir de lo inconcluso. Los sueños. Los miedos. Las pasiones. Los amores. Solo yaciendo en mi propia humedad, mezclándome atrocemente con ese olor pútrido y rancio. Un manto oscuro, ensordecedor, capaz de saborear lo que alguna vez creí eternamente mío. Mi cuerpo. Mi cuerpo y esas sombras malditas arrastrándome sin piedad... esas sombras que se quedarán apagándose de a poco en los ojos de otros, en las mentes de otros, en los latidos de otros... en los espacios que alguna vez me pertenecieron. Mi sangre, mis células ya no existen. Fui todo. Lo tuve todo. Y ahora me diluyo en ese polvo agrietado y áspero que otra vez se hace tierra. ...Amordazo fugazmente mis pensamientos lo más fuerte que puedo y dejo atrás esa confusión errática. Ahora soy sólo esa esencia. Qué discernimiento el mío, si siempre fui esto, sólo esencia.



La mirada de Irma

Las personas de bien siempre tienen una responsabilidad fundamental en esta vida... No basta con que su corazón sea bueno y generoso, deben también permanecer siempre alertas... ser sabios y fuertes.

Irma era una enfermera que sabía llevar su profesión con total sentido de responsabilidad, y su mirada parecía ir siempre más allá de lo observable. Irma era así de sensible, aunque por fuera se la viera aguerrida y de un carácter casi impenetrable. De rostro riguroso, pero fácil de emocionar. Irma estaba acostumbrada a caminar por el hospital con brillante desempeño, y sabía lidiar con todos los pacientes.

Esta historia me la contó ella, y he de confesarles que me cambió el rumbo sensiblemente, haciéndome aún más respetuoso de la vida. Y creo también que comprendí algo de su forma de mirar... Hablábamos sobre esas experiencias laborales que nos habían marcado alguna vez, y casi sin querer las anécdotas terminaron envueltas en esos últimos días, los días finales del ser humano, la muerte: esa palabra que, al pronunciarla, nos provoca pánico y nos deja casi apabullados... Pero también a tantos, como a ella, siempre les deja por dentro esa extraña sensación, al tener recuerdos de difícil entendimiento. Nadie enseña a enfrentar, y mucho menos a resolver esa memoria de rostros tan disímiles.

Ese día me contó que había recibido la guardia como siempre, como un día más de los tantos; pero uno de los pacientes hacía ya varias jornadas que estaba desorientado, y por consiguiente dormía

con los métodos de contención física en sus pies y en sus brazos para evitar que se hiciera algún daño. Era terriblemente inquieto con lo poco del cuerpo que le quedaba libre para moverse, y sólo se calmaba cuando, exhausto, lograba dormirse. Después de transcurridos parte del día y las primeras horas de guardia, después de haber preparado y suministrado la medicación a todos los internados según indicación médica, Irma se dispuso rápidamente para llegarse hasta el borde de su cama. Y mientras lo veía inquieto, lo observó con una mirada compasiva, tratando de entenderlo... y, sin dudarlo, le desató ambos brazos. Él parecía querer expresar algo, así que sosteniendo una mirada extraña, como esas que parecen venir desde el fondo y ya no son físicas, después de unos segundos y con un gesto suave, levantó su mano derecha; y juntando sus tres primeros dedos se persignó, primero la frente (el pensamiento), después el pecho (el corazón) y uno a uno el hombro derecho y el izquierdo. Hizo la señal de la cruz... y al rato pareció adormecerse plácido y sereno. Ya no estaba atado.

Cuenta Irma como final de esa anécdota, y con algo de angustia en su tono de voz, que al terminar su turno el paciente falleció mientras dormía. Con los ojos llenos de lágrimas, dice también que parecía estar esperando que alguien soltara sus manos para poder persignarse. Quizás su último deseo era liberar su alma junto a un Cristo repleto de esperanza y salvación... Irma afirma que después de haberlo observado vivir su cruz, lo sintió como entrar en un remanso...

En esa charla con Irma, habíamos intercambiado caminos, habíamos traído algunos recuerdos, algunas voces, algunas imágenes de otros tiempos, y también largos silencios...



El compás de la vida


Para algunos los relojes pulsera, para otros los de los celulares, y para algunos menos previsibles sólo los rayos del sol que avanzan durante el día. Pero todos marcan a tiempo el compás de la existencia... y a Mario un paréntesis en su vida le desordenaba los días: estaba postrado, inmóvil, y algo deteriorado por esos últimos meses. Ya no había mucho más para hacer, quizás sólo esperar.

Su cuerpo ya había dejado de ser esa máquina perfecta de movimientos propios; y su cerebro ya no emitía juicios útiles, o al menos que así se notaran.

Con tanta debilidad, el sometimiento se hacía pleno, era esclavo, aunque los demás rondaran en torno a él. Mario estaba sometido a todo tipo de dolor... un respirador que lo asistía y ventilaba por segundos, bombas de infusión que contaban microgotas en paralelos unidos a una vía central, alimentación por vena, sonda vesical, sonda de residuo gástrico, monitor de control cardíaco y signos vitales: todo hacía que la existencia de Mario dependiera de ese recurso terapéutico como principal "soporte vital" en cuidados intensivos... y un colchón de aire que sólo a veces parecía aliviar tanta fragilidad corporal. Su cuerpo estaba sometido a todo tipo de dolor... y su espíritu, su espíritu vivía como encajado, inmerso en una existencia letal y cruel; algunas caricias, algunos movimientos parecían llegarle desde afuera, y a veces, sólo a veces lograba escuchar ciertas voces que lo atravesaban como hilos por alguno de sus sentidos. Y aunque seguramente no podría diferenciarlas, el placer se le hacía tan intenso que su ritmo cardíaco aumentaba por unos instantes... Casi todos los días un baño con su total desnudez, y después mucho polvo seco para evitar que se lastimara su piel; dos veces al día fisioterapia, había que

hacer lo posible para que sus músculos no se atrofiaran; cada cuatro horas lateralizarlo, había que evitar las escaras en donde sus huesos eran más prominentes. Sábanas blancas, limpias y sin arrugas hacían que su universo fuera la cama. Pupilas dilatadas, y ni siquiera una mueca, reflejaban el pasar de sus días eternos... y un cuerpo que, casi sin responder, sosegaba lo infame de su destino... semanas, meses a la espera de un despertar que parecía ser cada vez más difícil de lograr. Después, nuevos tubos en el respirador, cambios de drogas y aumento de goteos en los sueros, nuevos antibióticos de última generación y más cambios de sondas, más baños, más sábanas limpias y polvo seco para la piel... y más intentos para despertarlo... Mientras tanto, una voz agazapada en las penumbras sugirió desconectarlo de aquel respirador que lo unía a tanto sufrimiento con la vida... Pero quién podría olvidar el movimiento resuelto de las manos de Mario al hablar, o el parpadeo cordial de sus ojos, o la dulzura señorial de sus palabras, la amabilidad de su naturaleza, la inquietud de sus buenos pensamientos... y todo lo que seguramente aún seguía sintiendo en su piel; aunque careciera de fuerzas y todo pareciera inútil. ¿Quién podría olvidar esa vida repleta de sueños que tenía Mario?

A pesar de esa voz, el electroencefalograma demostraba que Mario aún estaba vivo y luchaban por él.



Juan y su despedida

Los médicos ya le habían comunicado el duro pronóstico de su esposa. Estaba en terapia intensiva, con el soporte vital correspondiente y el monitoreo constante de cada una sus funciones. Su estado general era crítico. Pero todo había sido muy rápido para Juan, a esta edad ya estaban acostumbrados a tenerse el uno al otro, habían pasado tantas: la crianza de sus hijos ya adultos, la lucha por tener su casa propia, y sólo de tanto en tanto, después de que corrían raudamente los meses en el almanaque, algunas vacaciones en familia. Pero, hoy a la mañana, el parte médico de su esposa era desalentador.

Sin ella, el mundo de Juan se derrumbaba. Y esa misma tarde, cuando el sol comenzaba a silenciarse en el horizonte, recibió la cruel y desoladora noticia. Berta ya no estaría más a su lado, y él ya no podría cebarle mates por las mañanas, o prepararle su comida favorita, o caminar junto a ella los domingos por la tarde apenas salían de misa. La noticia ya había sido dada por los médicos, y Juan no estaba preparado para quedarse sin ella. Le dijeron que los esfuerzos por mantenerla con vida habían sido en vano, y que a pesar de todos los adelantos tecnológicos y el cuidado especializado del equipo médico, su corazón no resistió. Si Berta era una mujer tan buena, y sabía amar tanto... claro, en ese momento no se le pudo ocurrir a Juan que el corazón era un músculo capaz de fallar... y en medio de sollozos desgarradores, sólo quería verla para poder despedirse.

Y con un beso en la frente, allí parado a solas junto a ella, fue la última vez que la acarició... con esas caricias selló el último atisbo de tantas palabras dulces que le solía decir Berta, y que ahora se barrían hasta quedar encerradas en un secreto atroz. Juan no soporta-

ba las despedidas definitivas; decía que con cada una de ellas se acercaba un poco más a la muerte, por eso siempre prefería un "hasta luego". Inmerso en sus pensamientos, recostado junto a su lecho, también quiso huir, escaparse junto a ella... y mientras la miraba, quieta, en su alma se deslizaba como en un torbellino la decisión más importante que iba a tomar en su vida: en pocos días, semanas quizás, él también partiría.



Espíritus errantes

En las impetuosas horas de la madrugada, los pasillos del hospital parecen estar vacíos... Sólo alguna brisa logra hamacarse de vez en cuando al pasar por alguna puerta entreabierta, el estruendo de alguna ventana que se cierra cuando el viento golpea desde afuera, o el llanto de alguien corroído por alguna desgracia, o algún secreto queriendo decirse en voz baja... Los pasillos a esas horas parecen desandar las pisadas de los que se fueron.

Dicen que los espíritus de algunas almas caminan por las noches... y algunos recorren los pasillos, suben y bajan ascensores, vigilan. Muchos tienen nombre y apellido, otros son anónimos, olvidados; pero se les escuchan los pasos, se los ve pasar reflejados en los vidrios de luces en penumbra. La terapia, la guardia, los pisos de clínica médica, por allí van y vienen, y sólo de vez en cuando se hacen ver, aparecen.

Ellos deambulan por el hospital dejando historias con sus almas en pena. Su mundo está lleno de misterio, callan un secreto que va más allá de nuestros límites... Y ese es el desafío de lo etéreo... Ellos caminan, y sólo se muestran para quienes están dispuestos a verlos... Ellos derrumban toda lógica de sabiduría cotidiana.

No era una noche más para él. Estar internado le significaba el mayor de los malestares. Sabía que algo andaba mal en su cuerpo. Los médicos le decían que su corazón no estaba funcionando bien, que sus latidos ya eran demasiado débiles, y que seguramente iría a "colocación de marcapasos".

Pero esa noche su cabeza daba vueltas, y centenares de imágenes diferentes se mezclaban con los miles de pensamientos que se dibujaban en esa mirada perdida, sobre ese techo que daba justo encima de su cama. Giraba hacia un costado y al otro... y esa mirada disipada... y ese suero que caía gota a gota, minuto a minuto, pareciera que sin tener fin... Fue entonces cuando la locura se incrustó en medio de sus sienes, y toda esa sangre inquieta de sus venas se comenzó a derramar, justo entre sus miedos... Ya nada le parecía real, y en su mundo de fantasías los rostros entraban y salían, se dibujaban momentos, se mezclaban diálogos, y todo le resultaba un caos... Su memoria había quedado detenida en ese pasado que lo alejaba del presente que lo recostaba en una cama de hospital... Su voz agitada retumbaba cada vez más sonora con cada uno de los que miraba para dentro, y esas voces lo llevaban hasta el borde de la agresión, un mundo donde jamás había estado antes, y que esta vez traspasaba las puertas de su mente. Parecía haber entrado en una realidad completamente diferente, donde todo ese pensamiento interior era mágicamente real.

"Desorientado en tiempo y espacio" -dijo una enfermera cuando llamó al médico de guardia-. Mientras su cuerpo estaba cubierto por un sudor helado y denso que lo agitaba cada vez más, ahora su corazón débil latía fuerte, y así lo mostraba el monitor que marcaba cada uno de esos latidos totalmente irregulares.

Esa noche no fue una noche más para él. Sus ojos brillaban, y en medio de ese reflejo, caía en una terrible sensación de sofoco y confusión.

Se acercaron hasta el borde de su cama. Mientras el médico le hablaba y sostenía fuertemente sus manos, la enfermera le colocó una inyección que se vaciaba en sus venas... Y por fin la calma lo trasladó otra vez a su presente, hasta dejarlo somnoliento, en medio de sus sueños...



Crónica de una misma historia

El protagonista de esta historia cuenta su parte más sensible, y seguramente, también la más difícil de narrar. Si tuviera que describirlo, diría que su edad ronda alrededor de los treinta y tantos, aunque no sé si eso importa. De cabello casi blanco, cuenta con orgullo que es igual al de su papá. Alto, de ambo impecable, zapatos, y un corte de cabello que lo deja bien peinado. Su historia es la de alguien que lleva el oficio de ser un buen enfermero.

Se lo observa en la sala de U.C.I. por la mañana, y en la sala de hemodiálisis por la tarde; a veces también se lo ve por los pasillos buscando material para su trabajo. Él me contó que algunos, cuando lo saludan, le dicen doctor, y eso le molesta, es como si no se le reconociera parte de su esencia. Pero se repone pronto con una sonrisa; cuenta que con sus manos ha salvado muchas vidas, y que con los ojos de su alma ha visto y ha llorado mucho... muchas muertes... y todas tan distintas... En el manifiesto de sus palabras, parece no tener una esencia cualquiera, pues reconoce la buena crianza de sus padres, la buena esposa que tiene a su lado, y con un tinte de lágrimas, se le iluminan los ojos cuando nombra a sus dos hijos... y se bajan sus cejas... con algo de pena y algo de ternura, cuando manifiesta estar tantas horas fuera de su casa; y con la voz algo frágil, dice que es el estigma de los enfermeros... pero por sostener dignamente a sus familias: de eso sí parece sentirse orgulloso...

Era la hora de su merienda, y yo, muy dispuesto y algo ansioso, presentía que tenía mucho para contar... Estábamos en los pasillos del hospital, y mientras dábamos unos pasos le pedí si me podía

confiar alguna de sus historias, así que continuamos caminando hasta detenernos en el patio, justo debajo de un árbol. Soplaban una brisa cálida en medio de esa tarde otoñal que, la verdad, nos invitaba al diálogo. Apenas nos detuvimos, Martín encendió un cigarrillo lentamente, y mientras su mirada parecía perderse, la primera bocanada de humo también parecía consumirse. - *Un amigo incondicional*-, me dijo, señalándolo con la mano. -*Historias... tengo tantas... Pero hay una que de vez en cuando suelo recordar... Me da cierta nostalgia, un poco de tristeza, y no sé bien por qué, pero me provoca una inmensa alegría. Me acaricia el alma...*

Se lo escuchó seguro y sin titubeos. Su cabeza parecía girar en medio de tantos recuerdos fugaces que coronaban algo de secreto... Y allí, justo allí, lo confieso, me estremecí bastante; quizás porque mientras lo observaba, temí no encontrar las palabras justas para significar tanto espíritu a través del arte de la escritura. Es que en cada uno de sus gestos, en su mirada, en sus palabras, seguramente habría miles de historias... Y entendí ese sabor que genera la magia de quien sabe escuchar.

Ahora el desafío era poder contarle. Y eso me conmovía singularmente... Más tarde comprendería el porqué. Su relato comenzó cuando me dijo que al final de cada jornada siempre se quedaba con esa sensación de no haber hecho lo suficiente. Amaba los pacientes de hemodiálisis; los consideraba grandes guerreros. Decía que con cada tratamiento volvían a la vida; y así, a poder continuar con su irremediable destino...

-*Ella era especial, me hacía sentir especial...*- continuaba su relato.

-*Creo que cuando comencé a trabajar en este hospital ya se dializaba hacía un tiempo. Si me preguntaras cómo era, lo primero que te diría es que era muy dulce; su voz era muy dulce... Todos tenemos un don, y creo que el de ella definitivamente era la dulzura... Después te contaría que era diabética, no vidente, y que tenía*

alrededor de sesenta años... Sus tres hijas se turnaban para acompañarla al hospital, y estaban siempre pendientes de sus cuidados. La diálisis es un tratamiento crónico, y a veces hasta cruel... pero te da la posibilidad de seguir viviendo. No deja de ser, también, un lugar de encuentros, donde se cuentan anécdotas, sueños, se descubren sentimientos, se reflejan alegrías, y otras tantas veces, también agonías... Hay muchas instancias médicas por las que se debe atravesar, y el cambio de hábitos en la vida es rotundo. De un segundo a otro todo cambia: el metabolismo, el entorno familiar... las emociones cambian, la sensibilidad cambia. Tienen que tener un gran espíritu y una gran fortaleza para poder salir adelante... Les es todo tan difícil que a veces me da la sensación de que dializarlos es dilatar la agonía de sus vidas... Es cómo multiplicar el número de sus muertes...

Y de repente, su mirada se perdió hacia atrás, como si estuviera observando el pasado... Y continuó: *-Aún ignoro la respuesta... Una especie de silencio hostil me quedó atravesado en la garganta... No supe bien qué decir. Quizás todas las respuestas posibles serían sólo excusas... Lo mejor sería continuar escuchándolo...*

- Recuerdo siempre su rostro y sus manos...- continuó Martín, después de algunos segundos. -Sobre todo cuando las deslizaba sobre las mías, en el momento de la conexión al riñón artificial. Es raro... pero ese momento es muy mecánico para nosotros, los enfermeros, y muy doloroso e impactante para ellos, los pacientes. Sin embargo ella lo hacía distinto. Mientras le fijaba las agujas con cinta adhesiva, disimulaba una caricia sobre mis manos, y en voz baja, casi susurrándome al oído, me decía: -Qué lindo sería poder verte... Salir juntos, una tarde, y pasear tomados del brazo... Tus manos son tan suaves...

Parecía ser un amor a escondidas... Te confieso que al principio era muy incómodo para mí: me ponía tenso, y algo nervioso. Los que saben dicen que jamás hay que involucrarse sentimentalmente con el paciente, y es verdad, aunque la mayoría de las veces no

resulte. Un tiempo después pude comprender que sus manos eran su mirada... Y cómo no deslizarlas, cómo no acariciarlas, si eran sus ojos... y esa era su forma de sentir...

Después me fui acostumbrando a esas inocentes caricias... Recuerdo que siempre tenía algún piropo, alguna palabra amable para mí. Y aunque estuviera sentada en el sillón de diálisis, parecía olvidada de su realidad... Seguramente yo le daba tranquilidad. Me contaba sobre su vida, sus hijas, su nieto, y lo mucho que la hería no poder ver... y además tener que dializarse. Algunas veces se sentía inútil, y renegaba mucho de eso. Pero aunque sus palabras eran de dolor, el tono de su voz le daba la sabiduría justa al final de cada frase. Quizás porque siempre amalgamaba lo que decía con la esperanza... Con ella yo sentía que podía aprender, y eso era lo que me ofrecía... el saber que el sufrimiento también nos puede engrandecer... y eso me fortalecía; quizás porque en los hospitales vemos tantas miserias, y tan pegadas al alma, que muchas veces nos sentimos tremendamente solos, y hasta a veces también un poco inválidos... apenas llegaba, me llamaba para que la conectara; y aunque yo sabía que mi trato no era distinto del que les daba a los otros pacientes, ella lo hacía diferente... Y yo siempre accedía, porque me daba la sensación de que era como un aliciente para venir a dializarse. Y eso estaba bueno. Su dolor se aminoraba... En medio de nuestras charlas sabía arrullarse en el sillón, y mientras la cubría con alguna frazada, a veces se quedaba dormida; casi siempre tenía frío... Mientras la despedía, la ayudaba a levantarse del sillón, la pesaba y la acompañaba hasta la puerta de salida, donde la esperaba alguna de sus hijas.

-Chau, Martín. Me decía.

-Chau, Rosa. Cuídate mucho -le respondía.

Imagino que la puerta de vaivén de la sala quedaría girando hasta la salida del último paciente... Después, las luces de la sala seguramente se apagarían hasta el día siguiente...

Ya en los días de invierno, Martín me contó que regresaba de sus días de licencia sanitaria. Y en apariencia todo estaba igual. Los mismos horarios, las mismas caras, y hasta casi los mismos sentimientos... Diálisis parecía ser siempre así: todo muy rutinario.

¿Y cómo salvarse de la rutina...?

-Recuerdo que ese día el sillón de Rosa quedó vacío... y yo presentía algo distinto, pero no me animaba a terminar mi pensamiento. Prefería quedarme con la amenaza que de vez en cuando ella solía hacer, cuando decía que a la diálisis siguiente no iba a asistir... Seguramente quería olvidar su enfermedad, su tratamiento, y hasta seguramente su rutina... Pero, finalmente, las hijas siempre la convencían, y cuando llegaba, yo siempre trataba de cambiar su ánimo... La verdad, no me resultaba nada difícil cambiar su humor. Pero ese día el sillón quedo vacío...

Después de que el médico de guardia revisó uno a uno los pacientes conectados al tratamiento, y mientras completaba las historias clínicas, junté fuerzas y le pregunté por Rosa. Me contó que, hacía cuatro días, sus hijas la habían encontrado muerta en su cama; le llevaban, junto al desayuno, la medicación de la mañana. Contaron que estaba como dormida... y con una sonrisa en sus labios... “El don de la dulzura”, pensé. En ese momento no pude hacer ningún comentario; sentí que estaba algo pálido. Solo pude dirigir la mirada justo hacia el sillón de Rosa, vacío...

Por aquellos días estuve muy triste, no podía entender; y aunque sabía que ese final era el mejor, igual no podía entender... habían quedado atrás esos días en los que ella deslizaba su mano sobre la mía, o me susurraba al oído; pero lo que más me dolía es que había quedado sin cumplirse su deseo: el de salir a caminar, tomados del brazo... Aún hoy me parece seguir escuchando su voz en medio de la sala de diálisis; a veces abro las puertas, y me parece que aún está allí... Y aunque haya otros pacientes en ese sillón, para mí, sigue vacío... ella potenció en mí el verdadero significado de la

vida. El ver, más allá de la mirada... Y saber que, aun devastados, siempre tenemos algo para ofrecer, para regalar... En sus últimos días, la traían en silla de ruedas, pero nunca dejaba de sonreír; ni de concederme lo que ella sentía que era lo mejor para mí, sus caricias...

La lumbre del cigarrillo se consumía con cada palabra que emitía Martín, pero quizás lo más significativo era la emoción que me transmitía. A veces las palabras pueden parecer iguales, pero cuando se dicen desde el corazón, suenan tan diferentes... Y pensé que, en lo literario, un mundo sin memoria sería seguramente un verdadero caos... porque la vida es tan vertiginosa que nos muestra constantemente un juego de impresiones breves... Fue entonces cuando sentí que había un lenguaje que aún ignoraba; lleno de verbos impersonales, de sustantivos olvidados, o de innecesarios epítetos... Y me lo estaba mostrando Martín, con su corazón aún repleto de Rosa... y de historias... y de quien sabe cuántos silencios generosos...

Mientras apagaba el último de los cigarrillos, de esa etiqueta que guardaba celosamente en uno de los bolsillos de su pantalón, me di cuenta de que la sombra del árbol bajo el que estábamos charlando había cambiado rápidamente de posición. El sol ya estaba más cerca del horizonte... Fue entonces cuando descubrí que quien relataba esta crónica y quien la sentía éramos la misma persona...



Los protagonistas que desfilan por su historia son tantos y tan variados como cada uno de los sentimientos que, al escribir, empuño desde ahora.

El otro día lo vi, parecía tan calmo. Me quedé con esa foto, esa imagen que no puedo despegar de mi mente. Estaba ahí, vestido con su uniforme blanco, como seguramente sería su alma. Estaba ahí, dedicado y con empeño, pero con algún dolor que arrastraba en lo notable de cada uno de sus pasos bien dados. Estaba ahí, callado y en silencio, junto a una angustia que, sin ser suya, parecía que lo acompañaba.

Dicen que los héroes se destacan por su valentía, pero él no parecía un héroe, estaba solo con su alma; y solo desandaba el camino de un esfuerzo de trabajo que había terminado de la forma más terrible, aunque a veces esperada. Se lo veía con manejo de su instinto, y con un silencio impenetrable que marcaba con delicadeza la destreza de saber lo que hacía a cada instante... Se inclinó sobre quien estaba en ese lecho, primero sacó los cables pegados en el pecho, que en el monitor sólo dibujaban una línea plana. Lo apagó. Tomó un apósito, y en un solo movimiento, retiró el tubo que se metía en la garganta. Estaba manchado de sangre. Después cortó unos puntos cerca de su cuello, por donde pasaban los sueros. La sonda que salía de la nariz fue a parar al tacho rojo de la basura, igual que esa bolsa casi seca por donde orinaba. Observé sus manos... sus manos seguían trabajando, quitando todo lo que ahora sobraba y no servía. De repente un estupor entró por mi cuerpo hasta el punto de creer desmayarme, pero me concentré en cada uno de los músculos de mis piernas para poder sostenerme; respiré hondo una y otra vez,

y lo seguí observando, casi de rabillo, intentando que mi mirada pasara desapercibida... Con un algodón húmedo limpió su rostro, primero minuciosamente su boca, y después sus ojos. Los cerró como quien cierra el final de un destino doloroso y atroz... Por debajo de los guantes se le notaba la piel de sus manos transpiradas... Finalmente estiró las sabanas y lo cubrió.

Pero el semblante empalidecido de quien nunca sabré el nombre quedó al descubierto. Quizás sólo le faltaría que alguien, algún ser querido, lo llorara al borde de su cama. Él se lavó y secó las manos cuidadosamente mientras escuchaba el latido que se agolpaba en su corazón. Finalmente, abrió una carpeta de las tantas que estaban apiladas sobre el escritorio y se sentó a resumir en unas pocas palabras un final que seguramente jamás hubiera querido escribir... la historia clínica estaba cerrada... y una vida se había escapado entre sus manos...

Dicen que los héroes se destacan por su valentía... a él se lo veía sublime, y tan lleno de un dolor ajeno que tomaba como suyo.



Estoy dormido... dormido y trémulo. En medio de sábanas blancas, los objetos extraños redundan alrededor mío. Suenan. Títulan. Relampaguean como en una tormenta. En mi boca, un tubo largo y áspero que me penetra. Mi lengua quiere moverse. Pero no puede. Sangran mis labios resecaos. Mis ojos quieren abrirse. Pero no pueden. Me pesan. Los cables rodean como hiedra mi cuerpo. Me amenazan. Me dejan inmóvil. La respiración socava hasta el fondo mi pecho. Siento que se agita. Y yo dormido... dormido... o despierto... Mi piel se siente agrietar... Soy nada... Soy mueca... y siento mis facciones perdidas... Soy surco... Soy camino... un milagro haciéndose polvo... Me giran como a un niño. Y más tubos en mi boca. Me aspiran. Me sacan viento, flema. Mucha baba suelta. Me sacan muerte. Y yo dormido... dormido... o despierto... Me lavan. Sacan el sudor de mi piel. Siento el agua tibia que moja mi cuerpo... y mi miembro. Lo siento con ganas... Me secan. Me empolvan. Me acomodan sobre un colchón en el que parezco flotar. Y yo dormido. Dormido... o despierto... Soy esto. ¿Hasta dónde mi trágico destino? Y yo dormido... Dormido... o despierto...



TERCERA PARTE

*Con tres heridas yo:
la de la muerte,
la de la vida,
la del amor.*



El amor nunca se olvida

El despertador sonó a las cinco de la mañana. Otra vez a empezar el día, como tantos otros días... Ya perdí la cuenta.

Me siento al borde de la cama mientras mi alma aún parece estar perdida en medio de la habitación.

Me visto como puedo. Y como puedo llego hasta la parada del ómnibus.

Me subo, y se suben los que, como yo, todavía andan sin el alma puesta. Todavía es de noche.

¡La pucha! me olvidé de darle un beso a los gurises, y a ella, que quien sabe qué estaría soñando... Qué lindo hubiera sido poder despertarla con unos mates calentitos, amargos, como a ella le gusta... Alguien al lado mío va leyendo el diario. ¡Cómo me gustaría poder cambiar esas noticias! Contarle a mi gente que con un laburo la plata le puede alcanzar... Poder mandar los chicos a la escuela, comprarle un par de zapatillas cada vez que se rompen, llevarlos a pasear los domingos, aunque sea sólo los domingos... Y a ella, de vez en cuando, regalarle un ramo de rosas...

Entro al hospital. Marco la tarjeta. Recibo la guardia, y me entero acerca de los pacientes... Aquí sí que hay que ponerse el alma. En los hospitales los rostros de la gente son tan diferentes de los de afuera... El dolor, la muerte, las miserias, el desconuelo, y siempre más, más y distintos...

Cómo no tener que ponerse el alma, si los que trabajamos aquí dentro también tenemos un rostro diferente...

Una mañana como cualquier otra, o distinta. Siempre son distintas... La gente es distinta...

Ya es mediodía. Me cambio el ambo y salgo casi corriendo para tomar la guardia en el otro hospital... (¡La pucha! Me olvidé de darle un beso a los gurises... Y a ella, que quién sabe qué estaría soñando...)

La tarde empieza, y para mí, como para tantos otros, es como si empezara recién el día. Más rostros, más enfermos, más preguntas, y cada vez menos repuestas... En los hospitales todo parece ser cada vez más difícil. Muchos quedan en el camino. Los que resistimos somos los que permanecemos... ¿Resistir a qué, a quiénes? Si sólo trabajamos por el pan y por el otro. Nuestro semejante.

Marco la tarjeta en el horario de salida. La tarde ya pasó. El día ya pasó. Espero el ómnibus en la parada. Es de noche otra vez... El día se vuelve a unir en el mismo punto de partida.

Abro la puerta de casa, y allí están los gurises... Los beso con las mismas ganas que me los recordaron durante todo el día... Y allí está ella, esperándome con un plato de comida caliente... La beso y abrazo con el mismo perfume a flores que tuve ganas de regalarle durante todo el día... Es que el amor nunca se olvida.



Apostar a la vida

Eran las seis de la mañana, justo la hora en que todo parece costar el doble de esfuerzos... y las interminables paredes del hospital tomaban vida propia, era como si surgieran en medio de esos pasillos y hablaran silenciosamente por sí solas... A esa hora y en cada uno de los servicios, los pases de guardia, paciente por paciente, su habla se agudizaba entre los diagnósticos con nombre y apellido de cada indicación médica, número de cama, plan de hidratación, signos vitales, drenajes, estado general...

El último de los pacientes, Francisco Ceballos, cuarenta y cuatro años, cama nueve, no parecía ser tan distinto de los otros en aquella Terapia Intermedia, salvo por ese diagnóstico que atrocemente marcaba una bisagra en su lucha por vivir: cáncer con metástasis en cerebro. Tumor primario aún desconocido.

Alrededor de media mañana, cuando el espíritu de la sala ya ha tomado su curso con la prioridad de las tareas a seguir, y en el ir y venir de lo que va surgiendo imprevisiblemente en el desempeño de lo cotidiano, los que trabajamos en el equipo de salud, y sin que el paciente lo advierta, nunca dejamos de lado lo que se llama "contención psicológica"; allí nos detenemos... y detenemos el tiempo, porque sabemos que la necesidad de ser escuchado en esas circunstancias siempre es prioritaria... y sin saber el porqué, como en un estado de magia, se iluminan en nuestra boca esas palabras que producen el inevitable abrazo... desde el alma... con el paciente.

Esa mañana había dejado pasar a su esposa a la hora del desayuno para que estuviera un rato con él, y mientras iba acondicio-

nando su unidad, me preguntó con esas ansias de querer saber la respuesta lo antes posible:

-¿Hoy comienzo la quimioterapia?

-¡Sí, seguramente cerca del mediodía! -le contesté como tratando de hacer pasar desapercibida una respuesta que ya sabía de antemano.

-Qué bueno, porque tengo planes para cuando salga del hospital -respondió con una enorme sonrisa que se dibujaba en su rostro, mientras su esposa comenzaba a contarme el verdadero motivo de esa inmensa alegría... hacía unos meses, él le había propuesto en su casa, en una cena de domingo y junto a sus tres hijos adolescentes, casarse nuevamente con ella, renovar los votos del santo matrimonio.

-Es que siempre hemos sido muy compañeros... -decía casi respirando al unísono, con la misma respuesta ferviente de ella que terminaba en un "sí" rotundo...

-Y la verdad es que para mí también sería un gran regalo -argumentaba ella, mientras él la miraba con los ojos repletos de esa emoción que sólo el amor puede manifestar...

Esa mañana me habían hecho partícipe de su amor y yo lo había tomado como un regalo muypreciado... era una enseñanza para mí el saber que a pesar de lo que estaban viviendo, Francisco y su esposa tenían la grandeza de enfrentar la vida con fe y esperanza, y claro, ese era el desafío del amor incondicional que se manifestaba célula por célula. Es que el amor nunca muere.

Al mediodía había llegado la hora indicada para el comienzo de su tratamiento terriblemente invasivo... y mientras los camilleros lo trasladaban a Oncología, su rostro mostraba el implacable latido de ese corazón que, a pesar de todo, continuaba eligiendo vivir. De eso se trata...



Una pequeña historia de amor

Susana apenas tenía cincuenta años de vida y una historia que marcaba su camino: oligofrénica, no vidente, diabética y, como si eso fuera poco, cuando Daniel la conoció comenzaba su tratamiento de diálisis crónica. Pero no todo era oscuro para Susana: tenía la gracia de saber que su madre siempre estaba junto a ella. Setenta años, y una lucha constante desde que había nacido su hija.

Su llegada al servicio fue en una silla de ruedas... en medio de llantos, con algunos gritos que de a ratos se hacían repetitivos, inclinada hacia uno de los lados, como perdiendo el control del eje de su cuerpo. Seguramente sentiría algún dolor que no podía explicar con palabras. Las palabras... ese conjunto de vocales y consonantes que enlazadas nos hacen libres para toda expresión social. Susana no podía con la pronunciación de la mayoría de las letras que daban forma al castellano; había que entender esa mezcla de sonidos guturales, o el gesto de esos movimientos casi torpes, para comprender lo que necesitaba. Recuerdo que el día de su primera diálisis fue impactante para el equipo médico, porque Susana generaba un clima de ansiedad que inquietaba. Pero también he de contar que ese día fue mágico para quien se permitió observar un poco más allá de los hechos... porque es con la agudeza de la observación que afloran los sentimientos, y despierta nuestro Cristo interior... Daniel, su enfermero de cabecera para la diálisis, supo entender apenas la vio por primera vez, y ella... ella, con sólo escuchar su voz, se calmó; entró como en un remanso que parecía sosegar toda inquietud de su espíritu... y así la magia sucedió. La voz... las palabras... el sonido con el tono exacto... la calidez al pronunciarlas... todo pareció tener sen-

tido entre ellos. Desde aquel instante, y día tras día en su tratamiento, ella buscaba escuchar esa voz, y él acudía cada vez que ella necesitaba algo: alguna frazada cuando sentía frío, cambiarla de posición hacia uno de los lados cuando estaba cansada, ayudarla a comer... El entendimiento era mutuo en ese silencio que los amalgamaba. Los silencios... ¡cuánto más sabríamos comprender si supiéramos escuchar al otro en la profundidad de los silencios!

En una oportunidad, según pude ver, Susana estaba más ansiosa que nunca, y fue entonces cuando a Daniel se le ocurrió comprarle unos chupetines; bastó tanta dulzura para ella... Y un buen día, inesperadamente, ella le regaló un "te amo", balbuceando como pudo, y con esa mirada de niña, espíritu de adolescente y cuerpo de mujer. Daniel solamente sonrió, mientras ella parecía verlo con los ojos de su alma; también agradeció en su interior la alegría de poder obrar con el mayor de los respetos. Era una bendición saber manifestar ese "don" en su justa medida, haciendo que lo distinguiera aún más como persona.

De alguna manera, Daniel era ese ángel que se manifestaba para Susana, en un mundo de sentimientos al que pocos se acercan o intentan conocer. Ellos se encontraron en ese esplendor sin límites... y aunque sólo fuera en esas pocas horas del tratamiento de diálisis, allí no había miedos, ni pasado, ni culpas... Así es la vida, a veces nos tiene guardada la ofrenda de esos inesperados momentos... la del susurro que nos acaricia, y nos hace sentirnos repletos de esa incommensurable paz en el alma, eso que a mí me enseñaron, Daniel y Susana.



De guardapolvo blanco

Mariano no era un médico más... era uno de esos a los que les había costado recibirse. Porque venía de lejos, porque su familia era humilde, porque estaba solo y porque además debía trabajar para mantenerse, pagarse los libros o las copias, los cospeles para el pasaje en colectivo, la pensión que casi siempre era compartida. Mariano soñaba con ser médico... cada vez que se ponía el guardapolvo blanco erguía su cuerpo y se transformaba su mirada, parecía ir siempre más allá, se sentía más auténtico, se sentía él mismo. Pero cuántas noches en soledad, extrañando a su gente, a sus viejos amigos... fumando un cigarrillo y tomando mucho café o mate para no dormirse a la madrugada cuando tenía que dar un final. Algunas noches, Mariano también lloró... porque se sentía abatido, o porque algo le había parecido injusto. Mariano no tenía las mejores notas, pero sí el mejor promedio en esfuerzos y en sacrificios, porque sabía hacia dónde iba, y presentía hacia dónde debía llegar... y eso lo hacía noble. Mariano era del interior, o de otra provincia, con otra tonada, o igual a la de acá. Mariano soñaba con ser el mejor de los médicos, y luchaba por eso.

Uno de esos días Emilia entró al consultorio del hospital, justo cuando la secretaria se lo había indicado. Emilia estaba muy preocupada, casi al borde del colapso. Por los resultados de los análisis de sangre y la tomografía, su dolencia física era el anuncio de un final esperado. A los pocos instantes entró un médico de guardapolvos impecablemente blanco. La saludó amablemente, y al verla intuyó que en Emilia algo andaba mal. Tomó su mano, y con ese choque fuerte de su piel la abrazó como sólo abrazan los grandes... con la

misma mirada dulce de cuando estudiaba la tranquilizó con unas pocas palabras... supo emplear cada vocal, cada consonante, y los verbos sonaron perfectos en su tono de voz. Fue entonces cuando Emilia, con esos enormes ojos negros iluminados por las lágrimas, sintió a plena emoción que con ese médico tendría otra vez una chance. Ese médico era Mariano.

Ella sintió que el delirio estaba trepando por sus sienes, y sin embargo la intuición de mujer la detuvo. Estaba a tan sólo una caricia de rozarse con sus manos, pero algo la inmovilizaba tanto como a él... Sin querer, se aventaron como torbellinos esos pensamientos del pasado, que uno a uno la fueron penetrando con cada respiración acelerada. Entonces el dolor, ese dolor punzante, la rasgó por el centro... de repente, una lágrima cristalina se deslizó por sus mejillas, y ese fluido de sollozo comenzó a brotar, hasta que ella no tuvo más remedio que, con sus manos, secarlo... No quiso que él la escuchara llorar, no quiso que la sintiera triste y sin aliento... y apenas se dio cuenta, trató de reponerse... y con todo el impulso, esta vez lo acarició como aquella primera vez... tan suave y tan dulce, hasta el extremo de mezclar su piel con la suya, y de sentir que eran uno, otra vez. Él sabía hacerla feliz... bastaba una mirada suya para que ella percibiera todo el calor de su abrazo; pero ahora ya no reaccionaba, parecía estar adormecido, como envuelto en un silencio absoluto, ajeno a todo sentimiento. De repente la enfermera, con una voz apacible y tranquila, le pidió por favor que se retirara; ya había terminado el horario de visitas... fue entonces cuando ella creyó sentir que caía al abismo de sus sombríos pensamientos. No quería separarse de él, ni de esa cama alta y de barandas largas que aún lo sostenían en vida. Con un movimiento casi ingenuo, desnudó su alma pegando su rostro con el suyo, y al oído, casi en susurros, le dijo que lo amaba.

Después... bastaron sólo siete pasos instintivos para que, aún devastada por esa mezcla de sentimientos, ella saliera de la sala de Terapia Intensiva, sabiendo que aquella vez era la última que diría “te amo”.

Entró al cuarto de Norma a las diez de la mañana. Marta ya no usaba cofias ni ambos blancos, apenas unos zapatos de taco bajo; ella siempre decía que le hacían bien a la columna. Era una de esas enfermeras que tenía vocación de servicio desde muy joven, y aunque estaba en sus años de plenitud, también sabía que el hábito no hace al monje. Apenas la vio, se dio cuenta de que la preñez de Norma estaba en su justa madurez. Con detenimiento le explicó claramente cómo y cuándo debía pujar. Su parto era inminente. Norma era primeriza, pero Marta tenía tanta experiencia que con unas pocas palabras le transmitió confianza y la tranquilizó.

Mientras avisaba al médico, acomodó todo lo necesario en la sala de partos, y cuando todo estuvo listo, el camillero llevó a Norma en silla de ruedas. Marta sabía que ser madre es uno de los momentos más importantes en la vida de una mujer, así que cuando las contracciones se hicieron cada vez más frecuentes, le dio una bata al esposo y lo ubicó a uno de los lados de Norma. En esa instancia siempre se pierde la noción del tiempo, quizás porque el amor se basta a sí mismo cuando la magia del nacimiento comienza a surgir...

Con todo el instrumental preparado, el médico le realizaba las maniobras exactas en cada uno de sus tiempos para que el primogénito saliera del vientre por el canal de parto, y cuando todavía el cordón umbilical latía al unísono con la vida de su madre, le ofrecieron al joven padre que recibiera el niño con sus manos y lo apoyara sobre el pecho de Norma. La enorme emoción de esos padres se mez-

cló con el primer llanto que se escuchó justo a las doce... Y llevó por nombre Emmanuel (Dios entre nosotros).

Hoy Marta está a pocos años de jubilarse como enfermera, pero ella cuenta esta historia porque sabe que cada niño da un vuelco al corazón de quienes lo reciben como el símbolo más hermoso y revelador de la vida; porque la verdad más importante del ser humano está en cada célula de esa sangre que se transmite y sigue corriendo por las venas de los que llegan...



Hojas al viento

A veces las historias son difíciles de contar y de transmitir... esconden y descubren sentimientos impensables... pero, al final, siempre quedan atrapadas en lo más profundo de quien las sabe recibir.

Marcelo venía trabajando duro. Enfermero incansable, cauto y generoso. Esas serían las palabras que podrían describirlo. Lo demás son sólo meras coincidencias sin importancia, y que seguramente se asemejarían a muchos, apenas un envase, una ilusión que no permitiría percibir más allá. La fecha en que sucedió esto tampoco importa por ahora. Podría haber sido cualquiera de las tantas que giran en su vida. Apenas si puedo precisar, y esto dicho de su propia boca, que corría una brisa fresca, como adelantando un otoño que aún no debía llegar.

Ese día, como desde hacía varios días, Marcelo había comenzado su rutina desde las seis de la mañana. Su cuerpo, agotado por un cansancio repetido. Y su mente también. Los pies le dolían tanto que le parecían sangrar. Pero con algo de esfuerzo igual llegó hasta la parada del colectivo, a una cuadra del hospital. Ya eran las diez y cuarto de la noche, y casi sin darse cuenta, habían pasado algo más de dieciséis horas... y unos pocos minutos para desayunar, y otros escasos para merendar... y en el medio nada para pensar en él, o en los tantos proyectos que deseaba concretar y no podía. Le parecieron los metros más largos que jamás había recorrido. Cuando se detuvo, buscó en su bolsillo un cospel para el viaje que, después de tantas ansias, lo dejaría en su casa. Pero no estaba. Buscó en el otro. Después en su mochila, pero tampoco estaba. Optó por revolverla

aún más, para ver si encontraba algún billete y se tomaba un taxi para llegar lo más pronto posible, orgulloso de haber cumplido un día más... y de haberse brindado con tanto esmero. Pero era fin de mes, y tampoco tenía. El fresco hizo que esa brisa húmeda, poco común en aquellos días, se fuera transformando en un viento cada vez más persistente, hasta comenzar a sentirse una llovizna tenue. El cielo ahora parecía regalarle su bendición, pero Marcelo ya casi no podía lidiar con su cuerpo doliente, lastimado. Y las hojas secas comenzaron a volar, pareciendo girar todas juntas hacia la esquina donde estaba él, aún parado. Ya no podía más... y cuando una lágrima atinó a deslizarse por su cara salpicada, levantó lo más alto que pudo su mano izquierda. La del corazón. Y abriendo los cinco dedos, en la palma de su mano, como envueltos entre las hojas, chocaron cuatro billetes de cien, mal doblados. Apenas los vio, agradeció la resolución de su consciente conjuro. Pero no era otra cosa más que la transparente pureza de su alma, esa que lo hacía encontrarse cada día con sí mismo. Finalmente, a esa hora se tomó el único taxi que pasaba por allí. Por fin llegaría el descanso que tanto necesitaba. Al otro día, y ahora sí los números cuentan, era veinticuatro de diciembre, una fecha con mucho significado para él. Y a Marcelo lo que más le preocupaba era no poder llevar alimentos al comedor donde, siempre que le era posible, dejaba un bolsón para que lo repartieran entre quienes no tenían... Marcelo trabajaba, pero también sabía lo que era compartir lo que tanto le costaba.

Cuando se levantó al día siguiente, fue hasta el comedor y dejó el resto de los billetes que, según él, habían llegado para eso. Compartir. Y uno a uno se convirtieron en provisiones para quienes más las necesitaban... Así es Marcelo, humilde y generoso. Sabe caminar por la hermosa alfombra de la vida. Estoy orgulloso de conocerlo.

A veces las historias son difíciles de contar... esconden y descubren sentimientos impensables... pero, al final, nos quedamos con esos pedacitos de emociones que nos ayudan a cambiar.

Ese día, como casi todos los días desde hacía una semana, tomó el desayuno, preparó algunos cosméticos en la cartera y, porque sabía que las horas de espera se harían eternas, decidió también llevar de la biblioteca un libro que sacó al azar; quizás para no advertir ese dolor que la agobiaba. A primera hora, ella estaba allí, y no importaba que fueran las seis de la mañana, quería estar cerca... No era la única que parecía sentirse angustiada, aunque sabía que los sentimientos de todos los que estaban en el lugar eran diferentes, y que cada uno los vivía a su manera. Respiró profundo cuando sintió que había pisado la sala de espera: ahora sí estaba más cerca.

Después de casi veinte minutos de estar alerta a que la llamaran por su apellido, decidió ver si el libro que había tomado podía llegar a interesarle; a ella le gustaban las novelas de amor, o esos libros de autoayuda que cada tanto solía comprar en la misma librería del centro, cuando salía del trabajo; pero esta vez dudaba si había tomado uno de ellos, porque siempre se mezclaban entre los tantos de mitología griega y filosofía que a él le encantaba leer. Aunque no pareció importarle demasiado, estaba decidida al menos a hojearlo. Apenas lo abrió, supo que allí dentro se escondía una carta... con la primera frase pudo darse cuenta... ya estaba abierta, y aunque tenía fecha, eso no importaba, había un mundo que se le colaba por dentro; momentos que, a pesar del destino, ahora llegaban con el dulce encanto del recuerdo. Ya no se trataba de un papel casi amarillo y doblado en cuatro partes: ahora tenía toda la fuerza de un universo propio.

Estaba de pie, pero pronto buscó uno de esos sillones amplios para acomodarse. Con la vista, quiso terminar de leerla en un segundo, pero las caricias de cada vocal, de cada consonante comenzaron a enlazarse rápidamente... y cada palabra, cada oración le significaban más, y más sentimientos... mientras seguía el deletreo justo y preciso con cada acorde que se metía en su cerebro, advertía minuciosamente que la voz era la voz de él... los mismos graves, los mismos silencios... De pronto le pareció que la estaba rozando con esos dedos largos y redondeados, imprimiendo con cada huella esa mirada profunda y penetrante que la hacían sentir hasta el desparpajo. Ahora, el contenido de esas letras ya no encerraba tan solo palabras o conceptos librados al espacio: eran hechos tan vívidos que, desde esa carilla de letra larga y bien resuelta, se aprisionaban en el centro de su pecho... y los guardaba. Su voz, su letra, sus caricias... eran tan impecables...

La magia de ese hechizo la hizo viajar con total libertad y, sin percibirlo, la dejó justo en el punto final; firmaba: "tu amor".

A las diez de la mañana la llamaron por su apellido para darle el parte médico de su esposo.



Sangre de reyes

Como a todos seguramente nos debe suceder, en mis pensamientos también han surgido algunas preguntas al borde del abismo, pero hay una sobre mi vida laboral que en mi mente ha carecido de respuesta durante mucho tiempo, y es saber: *¿Quiénes cuidan a los que cuidan?* Y me refiero a nosotros, los enfermeros, los fisioterapeutas, los médicos, los nutricionistas, los técnicos en laboratorio, a todos y cada uno de los que trabajamos en ese asombroso engranaje que compone un hospital: en una Terapia Intensiva, en una sala de Clínica o Cirugía, en la Guardia, en el servicio de Oncología, en los Consultorios, en la Unidad de Cuidados Intermedios, en Cardiología... *¿Quiénes realmente nos cuidan?* Una pregunta sin respuestas.

Hacer medicina, desde cualquiera de las áreas involucradas, es un camino que comienza con el gran objetivo de poder llegar a esa meta de ejercer lo maravilloso de ese arte. Somos muchos los que emprendemos ese viaje en nuestros años jóvenes, sólo suponiendo una llegada que con el tiempo descubrimos que es siempre un nuevo comienzo, otra partida desde el origen. Y es así, siempre es así, porque "cada ser humano es único y es un todo", por lo tanto significa comenzar con cada uno de ellos, es aprender con cada uno de ellos... Los que sabemos el significado del trabajo caminando el día a día en un hospital, también sabemos cuánto dejamos de lado en nuestra vida personal por ponerle sangre a lo que más y mejor sabemos hacer... y ésto no lo describen los libros, todos aprendemos con nuestro semejante, poniendo empeño, con años de preparación para ser los más sabios y efectivos posible en nuestra tarea cotidiana, que no es

otra cosa más que infundir fe y esperanza en el que lo necesita, poder aliviar y acompañar en el dolor y el sufrimiento al otro, pero... ¿Quién pone la mirada en nosotros, cuando por algún motivo, la Providencia nos deja de lado y ya no podemos seguir el camino que elegimos?. Porque también aprendemos a llorar... con el sufrimiento del otro que se hace nuestro, desde lo más hondo, desde lo más profundo de nuestras entrañas. Saber discernir el verdadero significado de la vida y la muerte no es para lo que el hombre esta naturalmente preparado. Por eso: *¿Quiénes nos cuidan a los que cuidamos...?*

Hoy puedo decir que la respuesta es mucho más sencilla de lo que imaginaba, porque siempre estuvo ahí con cada paso que daba, haciéndome sombra, pero acompañándome. Quizás sólo me faltaban años de experiencia para al fin darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. La respuesta está en vos médico, vos nutricionista, vos que trabajas en administración, vos fisioterapeuta, vos y yo enfermeros, somos nosotros los que nos cuidamos cuando más lo necesitamos... con esa palabra de aliento, ese saludo o ese abrazo inesperado, ese silencio compartido. Siempre somos nosotros, los del palo, los que vamos aprendiendo en el paso a paso y sin que nadie nos enseñe a ayudarnos.

Pero también sos vos paciente, el que está en una cama, el que viene al consultorio, el que llega desesperado a una guardia de emergencias, o el que está conectado a un respirador en una Terapia Intensiva... vos también nos cuidas cuando estás dado de alta en el hospital y elevás una plegaria para nosotros, o cuando te respondemos algo que no sabés y te preocupa, o cuando nos regalás una sonrisa, o cuando observamos que de a poco te vas recuperando vos, nuestro paciente, ese por el que tanto luchamos, también vos nos cuidás a todos nosotros: ¡GRACIAS!

(Inspirado en el mejor de los sentimientos de quienes trabajamos en un hospital)



Allí donde no ando...

Ese soy yo.

En mis sueños,
en mis síntomas,
en mis actos fallidos,
allí donde no ando...

Ese soy yo.

Puro instinto,
puras sensaciones,
pura percepción,
pura razón a someterme,
pura mente clavada en un cuerpo.

Allí donde no ando...

Ese soy yo.

El marginal,
el que busca al sujeto....

Ese soy yo,

no el de una esencia cualquiera,
el de la verdad inconsciente
y la pulsión...

Ese soy yo...

Antes de comenzar	7
Romancero de ausencias (<i>Miguel Hernández</i>)	9
En guardia	11

PRIMERA PARTE: "La vida"

Quirófano	15
Guardián de mis afectos	17
El techo	21
La señal de la cruz	23
Enamórate	25
Tras los años	27
Desnudez	29
El último diálogo	31
Con los ojos del alma	33
La caída	35
Una historia, una posdata	37
Sillón de diálisis	39
Pase de guardia	41
El misterio de la vida	43

SEGUNDA PARTE: "La muerte"

Vaciándome	47
La mirada de Irma	49
El compás de la vida	51
Juan y su despedida	53
Espíritus errantes	55

Esas voces	57
Crónica de una misma historia	59
Con sus manos	65
Respirando	67

TERCERA PARTE: "El Amor"

El amor nunca se olvida	71
Apostar a la vida	73
Una pequeña historia de amor	75
El guardapolvo blanco	77
Adiós	79
Dar a luz	81
Hojas al viento	83
La carta	85
Sangre de reyes	87
Ese soy...	89

Se terminó de imprimir en el
mes de agosto de 2013 en

editorial



Santa Rosa 1643 - B° Alberdi
C.P.: X5003CEA - Tel.: (0351) 487-7485
CORDOBA – REP. ARGENTINA
www.lareformaeditorial.com.ar